

## Discurso pronunciado por el Dr. Mariano Lebrón Saviñón, Presidente de la Academia Dominicana de la Lengua y Encargado de Publicaciones de la UNPHU, con motivo de la puesta en circulación del Libro "Redacción de Documentos" de Gustavo Benedicto.

Cuando Carlos V, el monarca en cuyos dominios nunca se ponía el sol, aprendió a hablar en castellano, lengua de sus ilustres abuelos, los Reyes Católicos, exclamó entusiasmado que era el idioma para hablar con Dios.

Y es verdad. Este se hace música hierática en la mística melodía de la oración tremante. Y en la homilfa sacerdotal, bajo el domo de severo calicanto, suena a salmo feliz y hasta a canción de cielo.

Cuando en 1140 un anónimo juglar de Medinaceli escribe el poema del "Mfo Cid", en la infancia de nuestra habla, ya se domeñaba el tosco latín que hablaba el pueblo.

Hace casi diez siglos -ancha distancia en el transcurrir de la Historia- se oyó esta plegaria en boca de un cenobio, arrodillado

bajo el cielo, al atisbar la cruz triunfante de los cuernos mediolunados del Islam:

"Como executorio de nuestro duenno, duenno Cristo, duenno salbatore, qual duenno get ena honore, e qual duenno tiene la malditione, como Padre, como Spíritu Sancto, enos siéculos de los siéculos. Fracanos Deus omnipotestal serbitio fare ke delante la sua fase grandiosos segamus. Amén."

Don Emilio Alarcos Llorach, miembro de número de la Real Academia Española de la Lengua, vierte, en este siglo veinte, la milenaria oración de nuestro castellano lechal:

"Con la ayuda de nuestro señor Don Cristo, Don Salvador, señor que está en el honor y señor que tiene el mandato con el Padre, con el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Hágamos Dios

omnipotente, hacer tu servicio que delante de su faz gozosos seamos.

Amén."

Ya en los reinos critianos, la lengua de Castilla, que habrfa de predominar sobre las otras, va limando sus asperezas hasta dejar perfecta la joya epopéyica del "Mío Cid", que exalta al héroe de la leyenda en versos y en estilo sorprendentes que todavía admira a quien los lee:

"Adeliñó el Cid a la posada,/ Assi como llegó a ella fallola bien ferrada/ Por ordn el Rey Alfons que assi lo demandava/ Que sí no la quebrantás que no gela abrien por nada."/

Pero, ahora me cito a mí mismo, en el discurrir de estas meditaciones que escribo en la puesta en circulación del libro "Redacción de Documentos" de mi buen amigo Gustavo Benedicto:

Ha más de siete siglos, regocijado y jacarandoso, el buen clérigo Gonzalo de Berceo sentfa los primeros fulgores del habla ya en romance, bajo la arcada secular de San Millán de Suso, frente a la cumbre frígida y cana del San Lorenzo, mientras discurrfa sonoro el río Cárdenas, cuando desde sus labios temblorosos retozaba, con impulsos de profanos estremecimientos, la nueva estructuración de sus quadernavías.

Pero como ya, saltando la palabra desde el noble regazo del pueblo era el suyo labor del "mester de clerecía", se empeñaba

este sacerdote medieval del siglo XII en escribir en lengua romance, abriendo la ancha ría por donde el castellano había de verter su torrente en el inmenso cauce del español hogaño:

"Quiero fer una prosa en román palatino / en el cual suele el pueblo hablar a su vesino/, ca non so tan letrado por far otro latinos/ bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino."

Berceo se acercaba al pueblo, con su traje talar, y tonsurado, agitando en sus manos su vaso de "bon vino", como cualquier Khayan hispano, o como el simple trovador del pueblo en el ruidoso "mester de juglerfa." Y tras ellos, veleidoso y picarón, avanza agitando en sus sienes su laurel, el saleroso Arcipreste del Buen Amor.

Son ellos los que van a darle al español su fluidez arcangélica, su dulzor y flexura, ya apreciables cuando el Marqués de Santillana, eglógico y romántico, clava aguijones de luz en rústicas serranas durante sus vagares por los prados:

Moça tan fermosa  
non vi en la frontera  
como una vaquera  
de là Finojosa.  
Faciendo la vía  
de Catalaveño,  
a Santa María,  
vencido del sueño,  
por tierra fragosa  
perdí la carrera  
do vi la vaquera  
de la Finojosa".

De ahí a la alegancia renacentista, bucólica también, del tierno Garcilaso de la Vega, que canta con cándida quejumbre "el dulce lamentar de dos pastores"; de aquí a la exuberancia de Lope y Calderón o el torrente gongorino, y desde la sobreiedad clásica de Quevedo y la indudable perfección cervantina, hasta el tesoro del modernismo, hay todo un camino ancho y verdadero.

Entonces aparece América.

Miguel Piantini, en su trabajo de ingreso a la Academia Dominicana de la Lengua, apunta:

"Cruza nuestra lengua el ancho mar y, poco a poco, se derrama por el inmenso ámbito de las tierras recién descubiertas y allí el arahuaco, el quechúa, el guaraní, el náhuatl y otras lenguas aborígenes aumentan su caudal con voces que hoy son corrientes y comunes en toda la hispanidad."

Y América fue un deslumbramiento para el español. Su espíritu, asaz aventurero y romántico pasaba, en deleitoso solaz; su estada de milagros y misterios en las nuevas tierras. Eran las lenguas aborígenes, riachos que iban a engrosar el caudal inmenso de un habla que entonces se universalizaba.

Angel Rosenblat, un gran hablista venezolano, nos da, en un ensayo serio y ponderado, como todos los suyos, y que titula "La primera visión de América", un párrafo que translitero:

"Cada nuevo producto tiene una historia compleja. En su segundo viaje Colón conoció en la isla Guadalupe una fruta que por cierta analogía externa con el fruto del pino llamó piña. El nombre se generalizó y pasó a España (de ahí el inglés pine apple). En América había para designarla más de un centenar de nombres distintos, según la variedad y según la lengua. Uno de ellos era amaná, en el guaraní del Brasil, de donde el portugués a ananá y luego ananás. Es el que a través del portugués penetró en francés, alemán, holandés, danés, sueco e italiano, y llegó hasta la India. Del Brasil pasó a la Argentina, pero lo curioso es que en el Paraguay, la región guaranítica por excelencia, la fruta se llamó, precisamente, piña. Es el triunfo de la forma europeizante sobre la indígena."

Lo mismo sucede con la papa peruana (de claro abolenço quechúa) que los españoles confundieron con la dulce batata de las Antillas y llamaron patata, nombre que se difundió hasta Inglaterra, donde le llamaron potato, aunque los franceses prefirieron el nombre de poma de la tierra, esto es pome du terre, y los argentinos, invirtiendo los conceptos, llamaron papa dulce a la batata.

Por esos errores de los españoles, que vieron en el guajolote mejicano una estampa del pavo de lentejuelado plumón, pavo llamamos aquí al ave de los náhuatl que nosotros apreciamos

tradicionalmente en los tiempos pascuales; y ruiseñor llamó Colón al canoro monarca de los bosques -"violín que vuela", en la metáfora de Góngora y en el verso de Quevedo "ave dorada de canoras plumas"-; **almadía** fue la canoa, **príncipes los caciques**, **reinos los cacicazgos** y pan de yuca el casabe.

Pero el taíno dio lucidez métrica al habla con su sonoro lucayo, tan hermoso y musical en su repetida concurrencia de vocales y consonantes densas, donde la j sollozante del árabe no tiene cabida. Y nos regaló: **hamaca**, **bohío**, **vaganiona**, **turey** y tantas perlas para el interminable collar sonante de nuestro idioma.

El español es lengua rica que el dominicano tiene como elegante patrimonio. Pero se estraga, como todo, en medio de las contingencias desejeantes del siglo. Muchos dominicanos se resienten de este estragamiento en el lenguaje hablado y en el escrito empuñado de errores garrafales. Gustavo Benedicto es uno de ellos, y por eso traduce su inquieta preocupación en un libro donde enseña a redactar documentos y epístolas, no sólo burocráticas sino de amor.

Hace mucho frecuente la amistad de Benedicto: es reconfortante amistad la suya. "Un amigo es un regalo que nos hacen los dioses," dice un personaje de *Esquilo*; y es verdad incontrovertible que cobra vigencia en los que hemos sabido aquilatar ese tesoro.

En mi amistad con Benedicto no han existido pliegues; pero, hasta hoy, le había hecho un reproche -canción monótona de mi afecto que debía asordarlo como esquilón perdido en el crepúsculo de los montes-: el que no hubiera publicado un libro, y hasta muchos libros.

Yo no concebía que un hombre -y hombre en la más amplia acepción de la palabra- de su tanto valer, con tal resabio de entrega al noble menester de la enseñanza, con esa almenada luz de cariño y bondad y sus profundos conocimientos de la gramática española no hubiera transmitido ese acervo en obras que llevaran su nombre más allá del alcance de la palabra volandera que se extingue en el tiempo como pompa de espuma.

Aunque es zahorí en las cosas de la vida, conocedor de su país con su carga de glorias y miserias; buceador, como buen cibaño, por los frescos manantiales de nuestras costumbres, morigeradas todavía en el ámbito donde transcurrió su infancia, Benedicto ha acumulado fuerzas y energías que le hubieran permitido trocar su vocación apostólica de maestro por los ímpetus del potentado. Pero a mí me parece que en la callada soledad de sus introversiones él repite los versos de Moreno:

"No me des la fortuna  
Dios,  
no me des la fortuna.

Quiero vivir en paz con los hombres."

Y nos regala ahora un libro didáctico de primera línea: "Redacción de Documentos", escrito para los estudiantes de las clases de adiestramiento de la Oficina Nacional de Administración y Personal (ONAP), bajo la rectoría de ese magnífico hombre, aupador de cosas nobles, Raymundo Amaro Guzmán.

Lo pone a circular en la UNPHU porque a nuestra Universidad debe gran parte de su formación. Y él la ama como a su eterna Alma Mater.

"Redacción de Documentos", es un libro necesario, porque según se lee en la Introducción:

"Tarea harto difícil es lograr la correcta expresión a través del lenguaje escrito. El aprendizaje del idioma por medio de textos y profesores ha constituido la forma tradicional de alcanzar el dominio de la lengua; sin embargo, las condiciones personales innatas son determinantes para ello pues todo lo referente a este campo se encuentra más dentro del dominio del arte que de la ciencia o de la técnica."

Y agrega más abajo con una honradez profesional admirable:

"Redacción de Documentos" es una obra que se pretende hacer llegar a las escuelas, academias, universidades, maestros, estudiantes y profesionales que tengan necesidad de consultarla para el ejercicio de su actividad particular, esperándose que las personas

entendidas en esta materia y dotadas de espíritu constructivo, aporten las rectificaciones que consideren de lugar, las cuales serán acogidas con beneplácito por el autor."

He aquí, señores, que yo pongo a circular libro tan valioso. Valioso, porque nosotros, como hijos de España, llevamos en la savia de nuestra vida, el español, tal rica herencia que nos define.

En América hispana el habla nos obliga a sentirnos igual a España. Hablamos (haciendo excepción de los giros idiomáticos propios de cada región o del tono especial que, por costumbre, imprimimos a las palabras) un sólo lenguaje y una sola expresión para el canto o las enervantes manifestaciones de nuestro amor. La lucha por la vida y esta necesidad de convivencia amable nos impone los mismos giros idiomáticos para la queja y la oración. En la misma España, un vasco o un gallego no necesita más que ponerse a hablar, con sus peculiares formas dialectales, para sentirse distinto al castellano y aún distintos entre sí. Entre nosotros no pasa así. Todos hablamos el mismo idioma. Aún en las comunidades indígenas, donde dialectos y formas idiomáticas se imponen con sus literaturas propias, se escuchan villancicos y romances que recuerdan muy de cerca el primigenio español de los conquistadores. Escritores de América como Montalvo y Rodó, Martí y Galván, Larreta y Pedro

Henríquez Ureña; gramáticos como Bello y Cuervo podrían dar lecciones de estilística, de pura raíz hispánica a muchos escritores peninsulares; y poetas de la alta jerarquía de Darfo y Neruda han enriquecido el caudal idiomático de nuestro español con la magia divina de su música vibrante.

Tenemos que preservar este tesoro de nuestro acervo de pueblo que emerge orgulloso desde el pulpo vegetal de sus raíces étnicas.

“La lengua es la patria” reza el lema de la Academia Dominicana

de la Lengua.

Redactar, no ya un oficio burocrático sino una simple carta de amor donde se expresen las ansiedades desgarrantes del alma enamorada, y hasta un recado trivial es, para muchos, problema capaz de provocarles tártagos y bascas. Esta obra de Gustavo Benedicto viene en buen hora. Sale al rescate de nuestros fueros ortológicos y sintácticos. Saludémosla, pues con entusiasmo y estimulemos con ello su poderosa vocación de educador.